

Los Referenda en Canadá: Cultura Política e Identidad Nacional

Mtra. María Cristina Rosas

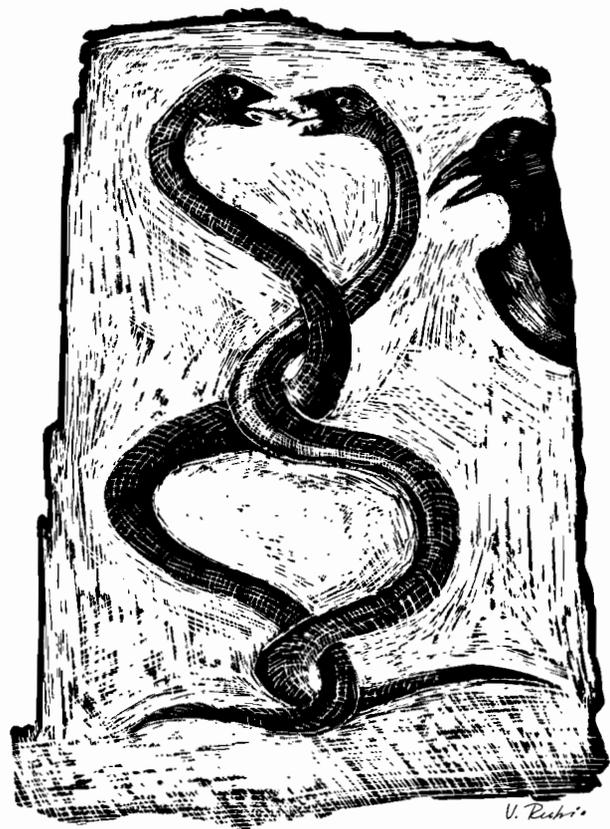
Investigadora del Centro de Relaciones Internacionales, UNAM

La frustración ha encontrado su voz en la campaña actual por el 'no'. El 'no' podría convertirse en algo distinto a lo que los políticos piensan de Canadá (...) Más que un 'no' al Acuerdo de Charlottetown, será un 'no' al sistema que alguna vez le permitió al público hablar a través de sus representantes electos.
The Globe and Mail, 14 de octubre de 1992.

¿Cuántos países existen que puedan tranquilamente permitir un voto democrático para decidir su propia desintegración?
Macleans, 19 de octubre de 1992.

*Love consists in this,
that two solitudes
protect and touch and
greet each other.*
Rainer Maria Rilke,
poeta alemán, en una
carta a un amigo en
1904.

El 26 de octubre de 1992 se llevó a cabo en Canadá, el tercer referéndum a nivel nacional en la historia del país. Los resultados que arrojó este



ejercicio democrático, dejaron un amargo sabor de boca con respecto al acontecer político de una nación industrializada que alberga tan sólo a 25 millones de personas que, sin embargo, son muy heterogéneas entre sí. Los patrocinadores de la consulta popular realizada, entre quienes figuraban los gobernadores de cada una de las provincias que integran a Canadá, el entonces Primer Ministro Brian Mulroney, los representantes de grupos indígenas y minoritarios, y el encargado para los asuntos constitucionales, Joe Clark, se mostraron incapaces de satisfacer las expectativas de una población agobiada por la crisis económica, política y de identidad.

Una revisión de los diversos referenda, conducidos a lo largo de la historia canadiense, revela algunos rasgos característicos de la cultura política del país del maple, corroborando que, ausentes los elementos aglutinadores que cohesionan a una nación, la identificación y comunidad de intereses entre sus habitantes es débil y contradictoria.

La cultura política canadiense

Como apunta correctamente Raúl Trejo, el concepto de cultura política es complejo, ya que “implica, siempre, algo de subjetividad tanto al definirlo como en el campo de asuntos que abarca”¹. En el caso de Canadá, los especialistas no terminan de ponerse de acuerdo con respecto a aquéllo que podría proveer, por ejemplo, rasgos distintivos con relación a otros países. Algunos autores establecen que, en virtud de la importancia de las regiones — Canadá es el segundo territorio más grande del mundo y tiene, por ejemplo, seis usos horarios— la política canadiense es la política de los regionalismos, de lo que se desprende, existen culturas políticas provinciales en el país². Otros más

sostienen que la cultura política canadiense sólo puede ser entendida a partir de las relaciones que mantiene el país con Estados Unidos³. Se dice, por otro lado, que para tener una visión adecuada del espectro político canadiense hay que apoyarse en la historia de los asentamientos de los colonizadores europeos, esto es, en el estudio de la Francia feudal y de la Inglaterra que se establecieron en América del Norte en el siglo XVII⁴. Desde luego hay quienes afirman que ésto proporcionaría una visión distorsionada acerca de la cultura política canadiense, pues no es el único país que fue colonizado en esas circunstancias, de manera que hay que atender a los “acontecimientos formadores”, esto es, a aquéllos hechos que, en el curso de su historia, han ayudado a la conformación del carácter nacional canadiense⁵. Y no faltan los que sustentan la importancia de la revolución en las comunicaciones y las tecnologías que facilitan la globalización y la introducción del American way of life a una sociedad tan cercana en términos lingüísticos, culturales, religiosos, económicos y políticos a la estadounidense como lo es la canadiense⁶.

Un primer acercamiento a los rasgos característicos de la cultura política canadiense, entonces, tendría que tomar en cuenta, por ejemplo, el hecho de que Canadá es un país que accedió a la independencia a partir de arreglos y gestiones diplomáticas con la Gran Bretaña. A diferencia de México o de Estados Unidos, que nacieron a la vida independiente a partir de sendas revoluciones armadas, Canadá celebra como día nacional, el 1o. de julio, esto es, en recuerdo al 1o. de julio de 1867 en que se signó el Acta Británica de América del Norte, por medio de la cual se creó la federación canadiense con la anuencia del Reino Unido. Por otro lado, y como se indicaba en líneas precedentes, los regionalismos no deben

ser menospreciados, ya que éstos definen, en parte, las características económicas, políticas y culturales de los canadienses. El norte y el sur canadienses son muy distintos. El este y el oeste también. Los niveles de desarrollo alientan determinadas preferencias políticas, distintas, por ejemplo, entre la Columbia Británica y Nova Scotia.

En seguida, hay que atender a los orígenes europeos de los colonizadores que se asentaron en el territorio canadiense durante la rivalidad Inglaterra-Francia por la conquista del norte de América. Adicionalmente, hay que registrar los acontecimientos que ayudaron a formar una cultura política, destacando, entre ellos, el asentamiento de los británicos que huyeron de las 13 colonias de América del Norte con motivo de la revolución. Estos personajes, ingleses que se oponían a romper lazos con la metrópoli y que se refugiaron en Canadá, portaban también una serie de actitudes que influenciaron a los canadienses de la época. Por último, la cultura política tendría que entenderse también a partir de las relaciones de Canadá con Estados Unidos.

Sobre este último aspecto, los canadienses tradicionalmente se han manifestado a favor o en contra de mantener relaciones cada vez más estrechas con Estados Unidos y, por ejemplo, se tienen opiniones tan encontradas como las del poeta y escritor Robertson Davies y las del empresario Conrad Black.

Davies afirma:

Los estadounidenses son precisamente lo que nosotros no somos, y lo que tampoco queremos ser (...) Creo sinceramente que nuestra tierra nos ha dado cualidades que nos hacen más afines a

los países escandinavos que a cualquier parte de los Estados Unidos, exceptuando a Nueva Inglaterra. He hablado de nuestra introversión nacional y veo en ella un sentimiento que nos vincula más fuertemente a las tierras de Ibsen y Strindberg que a cualquier otra al sur de nosotros (...) La unidad política con un país más agresivo y poderoso no puede significar la muerte de la esencia de nuestro propio país. Como dicha vinculación puede ser peligrosa y, en algunos aspectos, empobrecedora, deseo que la mayoría de los canadienses, para ese momento, hayan tenido el sentido común suficiente como para declararse contra eso. Ya existe una estrecha vinculación, y es suficiente, ya que hay que evitar que ese vínculo se transforme en un grillete⁷.

Contrastante con lo anterior, resulta lo que Conrad Black piensa, ya que desde su óptica sería más conveniente que Canadá se convirtiera en un Estado más de la Unión Americana, porque: (...) la riqueza humana y cultural de Canadá, sumada a su posición geográfica, la hacen ser un área tan estratégica, que el mundo vería con curiosidad si la preocupación por servicios médicos del sector público, aunados a políticas públicas y distinciones folklóricas (...) bastarían para evitar que un proceso político continental sea la consecuencia lógica de los fundamentos económicos trazados a partir del libre comercio.

Deberá, sin duda, haber una cierta fusión, en tanto los

anglocanadienses no aceptarán una anexión tan humillante. Por lo menos, Canadá tendría que retener un control de la inmigración, a fin de prevenir un flujo de indigentes estadounidenses que buscarían aprovecharse de los extravagantes programas sociales de Canadá.

Una unión de este tipo sería un buen negocio y de mayor importancia estratégica, que la reunificación de las Alemanias, en tanto los anglocanadienses son más numerosos y sofisticados, y poseen una masa de tierra más grande, rica y estratégica que los este-alemanes. Irónicamente, Canadá tendría la posibilidad de ejercer una mayor influencia política en el mundo, al operar al interior del sistema político estadounidense, más allá de los logros que ha obtenido como miembro de la Commonwealth, de las Naciones Unidas, de la OTAN y del Grupo de los Siete⁸.

Los referenda en la historia de Canadá

Algunos rasgos característicos de la cultura política canadiense han tenido la oportunidad de manifestarse en los diversos referenda conducidos en la historia del país. Las consultas populares son un ejercicio democrático desarrollado por los canadienses tanto a nivel provincial como federal. Los analistas registran más de mil referenda, de los cuáles por lo menos 53 han sido provinciales, y sólo 3 federales. La mayor parte de las consultas populares se han llevado a cabo en las provincias occidentales en la primera mitad del presente siglo, aunque en

fechas recientes (1988), la Isla del Príncipe Eduardo, que se localiza en la costa atlántica, preguntó a su población respecto a su relación con Nueva Brunswick. Cada provincia canadiense, con la excepción de Nueva Brunswick, ha tenido referenda una u otra vez. Sólo algunas consultas provinciales han tenido repercusiones nacionales de importancia, como los dos plebiscitos realizados en Newfoundland en 1948 (el segundo aprobado sólo por 7 mil votos), que condujeron a que esta entidad se integrara como la provincia número diez en la federación canadiense al año siguiente⁹. En contraste, los referenda a nivel nacional han exacerbado las contradicciones existentes entre los canadienses, de manera que las propuestas sometidas a consulta nunca pudieron ser ejecutadas.

El primer referéndum nacional se llevó a cabo el 29 de septiembre de 1898, a fin de tomar una decisión con respecto a la prohibición de las bebidas alcohólicas. Québec dijo 'no', y el resto de Canadá se pronunció por el 'sí'. El plebiscito fue considerado como un fracaso, ya que el número de votantes que aprobó la prohibición ascendía a 278 380 electores, contra 264 693, en una nación de 1 233 627 personas con capacidad de sufragio. El entonces Primer Ministro canadiense, Wilfried Laurier, presionado por las industrias de los vinos, concluyó que sólo uno de cada cinco electores había opinado sobre la prohibición, y por lo tanto, no podía ejecutar una medida apoyada por el 23 % de los canadienses.

El segundo referéndum fue igualmente desafortunado. El motivo de la consulta era la conscripción, a fin de contribuir al esfuerzo aliado en la Segunda Guerra Mundial. El 27 de abril de 1942, los canadienses votaron, y en Québec, el 73 % de los electores dijo 'no', en tanto que el Canadá anglófono apoyó la cons-

cripción a razón de 4 votos contra 1. Para evitar una polarización mayor de las opiniones, el Primer Ministro, King, retardó el envío de tropas canadienses a Europa, finalmente sólo 2 463 soldados fueron a la guerra a principios de 1945, haciendo una contribución marginal a una conflagración que estaba terminando, y los anglocanadienses que pelearon en el frente, nunca perdonaron a los quebequenses que no lo hicieron ¹⁰.

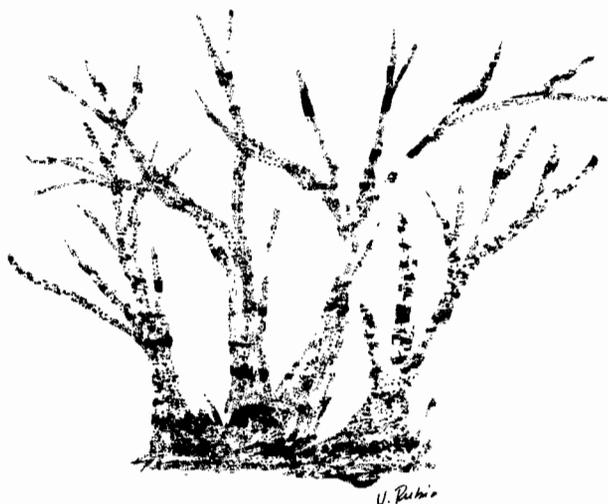
Reforma constitucional e identidad nacional

Hacia la segunda mitad del siglo pasado, cuando la influencia británica comenzó a declinar en Canadá frente a las crecientes relaciones del país con Estados Unidos, los ingleses buscaron la manera de fomentar la creación de una federación. En 1864 se llevaban a cabo, para este fin, una serie de conferencias, con lo que se daría forma a la unión y la federación de Québec, Ontario, Nova Scotia y Nueva Brunswick era reconocida por el Acta Británica de América del Norte de 1867, lo que permitía a Canadá

constituirse en una entidad con auto-gobierno al interior del Imperio Británico. El Acta Británica de América del Norte se mantuvo, por largo tiempo, como la legislación suprema en materia constitucional para Canadá. No sería sino hasta 115 años después, esto es, el 17 de abril de 1982, en que el Parlamento Británico aprobaría el Acta de Canadá, por medio del cual se otorgaría la independencia plena al país, finalizando así los vínculos entre el país del maple y su metrópoli. Parte de la explicación a este retardamiento en el debate recae en la incapacidad real del gobierno canadiense para armonizar los intereses de sus habitantes en un nuevo diseño constitucional que, indudablemente, desencadenaría una avalancha de reclamos en torno a los derechos y libertades civiles, y otra serie de aspectos legales, económicos, políticos y culturales.

Sin embargo, pese a lo difícil que resultaría lograr la aprobación de una constitución que pudiera satisfacer las expectativas de los canadienses, el gobierno de Brian Mulroney acordó, con los gobernadores de cada una de las 10 provincias, así como con los representantes de las tribus y nativos que residen en la región, un paquete de reformas constitucionales conocido como Acuerdo de Charlottetown, sometido al veredicto popular en el referéndum del pasado 26 de octubre de 1992.

Las reformas propuestas incluían, entre otras cosas, la realización de reformas al Senado; el reconocimiento a los nativos del derecho al auto-gobierno; la transferencia de atribuciones a los gobiernos provinciales; la promoción de la unión económica y social; el reconocimiento y respeto de Québec como una sociedad distinta; el respeto a los valores canadienses y la reforma a la corte suprema. Al final, el 'no' se impuso a razón del 54.4 % del electorado, contra el 44.6 de los que



apoyaron el 'sí'. En el referéndum del 26 de octubre se produjo una participación histórica, ya que un 72% de los votantes re-gistrados acudieron a las urnas. También, por primera vez, Québec dejó de ser el "pelo en la sopa", en el sentido de que otras provincias estuvieron en desacuerdo también con el Acuerdo de Charlottetown, por ejemplo Nova Scotia, Manitoba, Saskatchewan, Alberta, Columbia Británica y el Yukón (en contraste, las regiones menos desarrolladas, como los Territorios del Noroeste, Newfoundland, la Isla del Príncipe Eduardo y Nueva Brunswick dijeron 'sí'). Ontario dio su beneplácito al acuerdo con una disputada votación que terminó en un 50.1 %.

Consideraciones finales

El análisis de las preferencias del electorado canadiense en los tres referenda realizados a nivel nacional debe atender las peculiaridades de la cultura política canadiense, configu-

rada a partir de los regionalismos, el pasado histórico, los acontecimientos formativos, la influencia estadounidense y la globalización de las relaciones internacionales contemporáneas.

En una sociedad donde confluyen tantas diferencias en términos políticos y sociales es verdaderamente difícil realizar reformas, como la constitucional, sin que se desaten las pasiones e intereses más encontrados. No es un hecho fortuito que las únicas dos ocasiones en que se lograron acuerdos constitucionales exitosos en Canadá hayan sido las que se realizaron bajo la tutela de la Gran Bretaña en 1867 y 1982 respectivamente.

Acostumbrados a operar al interior del Imperio Británico primero, y como socios de la primera potencia mundial después, quizá los canadienses tendrán que aprender a regir sus propios destinos sin la interferencia externa, antes de que alguien —retomando lo planteado por Conrad Black— se sienta tentado a hacerlo.

-
1. Trejo Delarbre, Raúl, *La sociedad ausente*, México, Ediciones Cal y Arena, 1992, p. 225.
 2. Simeon, Richard y David J. Elkins, "Provincial Political Cultures in Canada", en Simeon, Richard y David J. Elkins, *Small Worlds*, Toronto, Toronto University Press, 1987, p. 31. A este hecho ha contribuido, posiblemente, lo que Kenichi Ohmae denomina "Estado-región", definido a partir de las características de la economía global, más que por las naciones que alberga. "Un 'Estado-región' debe ser lo suficientemente pequeño para que sus habitantes compartan ciertos intereses económicos y de consumo, pero debe tener el tamaño suficiente para justificar la infraestructura—vínculos de transporte y comunicaciones—necesaria para participar económicamente a escala global. Véase, del autor, "The Rise of the Region State", en *Foreign Affairs*, Vol. 72, No. 2, Spring 1993, p. 80.
 3. Para el análisis del impacto de E. U. en la vida política canadiense, revítese el interesante trabajo compilado por Charles F. Doran y John H. Sigler, *Canada and the United States. Enduring Friendship, Persistent Stress*, New Jersey, Prentice Hall, 1985, pp. 256. Consúltense, igualmente, de English, John & Norman Hillmer, *Making a Difference? Canada's Foreign Policy in a Changing World Order*, Toronto, Lester Publishing Limited, 1992, pp. 236; y de McKinsey, Lauren y Kim Richard Nossal, *America's Alliances and Canadian-American Relations. North American Security in a Changing World*, Toronto, Summerhill Press, 1988, pp. 221.
 4. Wilson, John, "The Canadian Political Cultures: Towards a Redefinition of the Nature of the Canadian Political System", en *Canadian Journal of Political Science/Revue canadienne de science politique*, XIII:2 June/juin 1980, pp. 438-483.
 5. Pammett, Jon H., Michael S. Whittington, "Political Culture and Political Socialization", en Pammett, Jon H., & Michael S. Whittington, *Politics in Canada*, Toronto, Simon and Schuster, 1982, pp. 1-33.
 6. Campbell, Robert M. & Leslie A. Pal, *The Real Worlds of Canadian Politics. Cases in Process and Policy*, Peterborough, Broadview Press, 1989, pp. 405.
 7. Davies, Robertson, "Signing away Canada's Soul. Culture, Identity and the free trade agreement", en *Harper's*, vol. 278, No. 1664, January 1989, p. 47.
 8. Black, Conrad, "Canadian Capers", en *The National Interest*, Number 28, Summer 1992, pp. 81-88.
 9. "Painful story. Past referendums have aroused passions that left lasting scars", en *Macleans*, October 19, 1992, pp. 30-31.
 10. *Ibidem*.